



LA PELOTA SÍ SE MANCHA

LAS CONEXIONES ENTRE PODER Y EL FÚTBOL
QUE HAN CAMBIADO LA HISTORIA

SALVA MARTÍN

PRÓLOGO DE KIKE MARÍN





ÍNDICE

PRÓLOGO, por Kike Marín	11
Introducción	15
I. Muerte en Irlanda. El caso del Celtic de Belfast.....	25
II. Atlético de Tetuán. Luz en la encrucijada africana.....	47
III. <i>Ball save the Queen</i> . Clandestinidad, prohibición y explosión del fútbol femenino	75
IV. Real Madrid. El equipo del régimen... republicano	105
V. División en Berlín. Balonazos contra el Muro	163
VI. Argentina '78. 'Nunca Más'	213
VII. Nápoles, Maradona y la sombra de la Camorra. La pelota sí se mancha	247
VIII. Yugoslavia. La quimera más sangrienta.....	295
IX. ETA también 'juega'. El eco de la serpiente	323
X. España, Portugal y Marruecos. Las cloacas del <i>Mundial Frankenstein</i>	391
Bibliografía	409
Agradecimientos	415





INTRODUCCIÓN

Desde la Grecia clásica, la Historia transita y nos remite al deporte. Para conocer cualquier época, desde la helena, pasando por la romana, la maya o la actual, resulta fundamental analizar cómo se divertían y competían sus coetáneos.

Nuestros *padres* griegos consideraban la educación física como una parte fundamental de la instrucción del ciudadano ideal. Fomentada desde temprana edad, no sólo capacitaba a los jóvenes para la competición, sino también para su vida cívica y militar.

A menudo se obvia que la famosa Academia de Platón era también el gimnasio más reconocido de Atenas. Un lugar donde las discusiones sobre metafísica, cosmología o epistemología se intercalaban con el preceptivo culto al cuerpo. El apodo del propio filósofo —que no se llamaba Platón, sino Aristocles— proviene de *platos*, que significa ancho, y se debía a la envergadura de sus hombros. Así que, sorpresa, el pensador más ilustre de todos los tiempos era también un afamado deportista.

Respecto a los Juegos Panhelénicos, como relata el doctor en Historia Philip Matyszak¹, la mayoría de los deportes ni siquiera se podrían considerar como tal, sino extensiones de la actividad militar: desde el lanzamiento de jabalina o disco, hasta las marchas con armadura completa, por no hablar de las luchas en sus diferentes modalidades. La competición ofrecía una oportunidad única de alcanzar la gloria a los atletas, pero también a las ciudades-estado, que fortalecían su reputación gracias a los éxitos de sus ciudadanos. También eran los Juegos el escenario ideal para ejercer la diplomacia: allí se presentaban aristócratas y mandatarios de diferentes lugares que no perdían la oportunidad de cerrar alianzas y acuerdos, hábito que, como sabemos, no ha perdido vigencia en los palcos de los estadios.

1 *Un año en la vida de la antigua Grecia*. Crítica, 2024.





Como apunta el periodista Marcos Pereda, el deporte ha sido motor y espejo de todos los cambios sociales y culturales. Y es que existen pocas, muy pocas actividades humanas que germinen y alimenten más valores que la deportiva: disciplina, esfuerzo, respeto al rival y a uno mismo, excelencia, valentía, humildad, gratitud, admiración, igualdad, resistencia, empatía, compasión, dignidad, autenticidad. No amamos el juego por cuanto ganamos o perdemos: lo amamos porque nos conecta con los nuestros y porque nos hace sentir vivos².

¿Y por qué, de entre todos los deportes, escogemos el fútbol para trazar su vinculación y relevancia en los acontecimientos históricos? Porque, como afirma Eduardo Bravo³, es difícil saber si en alguna ocasión fue sólo deporte. Sus relaciones con el poder, influencia sobre las masas y vínculos económicos lo convierten en no intercambiable con cualquier otra industria del entretenimiento.

De origen popular, el fútbol fue parasitado por los totalitarismos, que exprimieron con eficacia su capacidad propagandística; se convirtió en un espectáculo universal y de consumo emocional a lomos de la revolución de los derechos televisivos; y, en la actualidad, merced a la entrada de los países propietarios, es un actor geopolítico consolidado de evidente pujanza e indiscutible autoridad. Su economía es mayor que la de muchos Estados soberanos, el seguimiento que concita es superior que el de cualquier otra actividad y los movimientos que provoca son capaces de generar tendencias y hasta alteraciones políticas y sociales.

El fútbol es una fuerza sociológica de la que a veces no calibramos toda su dimensión. Plantea preguntas que obligan a buscar respuestas para entender nuestro mundo y, además, te puede cambiar la vida de manera literal. Repasemos, por ejemplo, el caso de Oshimen, delantero nigeriano del Nápoles campeón en 2022. Nació en un suburbio de Lagos. Perdió a su madre a los

2 Axel Torres en diario *AS*, 8 de abril de 2024.

3 Revista *Líbero* número 19.





seis años. Vio cómo despedían a su padre. Trabajó, siendo sólo un niño, vendiendo naranjas y limpiando los cristales en un semáforo cercano al vertedero de Olusosun. Pero, de no ser por el balón, como él mismo ha reconocido, todavía seguiría allí.

Cuando rueda la pelota, el mundo se mueve. El fútbol es la gran causa pagana, una pasión desordenada que todo lo inunda. Ignorado por la historia oficial, como denuncia Eduardo Galeano, el mero estilo de juego revela datos clave de la personalidad de una comunidad o todo un país. Y no sólo forma parte del paisaje cultural y es vanguardia de cambios y revoluciones, sino que anida en lo más profundo de cada individuo y llega a condicionar lo más íntimo, su estado de ánimo.

Si no se quiere llegar hasta donde Paul Auster, que retrató al fútbol como «el milagro que ha permitido a Europa odiarse sin destruirse», no se puede negociar, como afirma Alberto del Campo en *El gran teatro del fútbol*, que a medida que este deporte «mueve más dinero e influencia, se convierte en uno de los ámbitos más esclarecedores para examinar con atención la simbiosis de política y economía». A lo que, en el presente libro, extenderemos al resto de aristas determinantes del poder, como la militar, la mafiosa y la violenta.

Los asuntos del balón, en definitiva, son tan serios y poderosos que quienes disfrutan de su control rara vez renuncian a la tentación de utilizarlo para perpetuar sus privilegios, vampirizar los beneficios y aprovechar su buena imagen. Algo que se ve favorecido, sin duda, por la sorprendente elasticidad ideológica del fútbol. Así lo constató con acierto Simon Kuper, autor de *El fútbol contra el enemigo*, cuando escribió que «a diferencia de todos los fenómenos culturales, el fútbol se distingue por su maleabilidad política. Es utilizado por dictadores y revolucionarios, símbolo de la oligarquía y la anarquía. Consigue escoger y destruir a presidentes, y define cómo piensa la gente, para bien o para mal, de sus países».



En la cara buena —que también merece su espacio— el fútbol es la mejor vía de escape para huir de los demonios, propios y ajenos; el lugar donde, cuando se inicia el juego, todavía gobierna la ilusión de la niñez. Precisamente el sitio que jamás debió abandonar el jugador más universal de todos los tiempos, Diego Armando Maradona. Y así lo reconoció el propio argentino, el único *Dios* de conducta autodestructiva. El día que Boca le rindió homenaje, visiblemente afectado, Diego cinceló una reflexión tan cargada de verdad como desmentida a conciencia a lo largo los años, y por ello indiscutiblemente extraordinaria: «El fútbol es el deporte más lindo y más sano del mundo, eso no le quepa la menor duda a nadie. Porque se equivoque uno, no tiene que pagar el fútbol. Yo me equivoqué y pagué. Pero la pelota no, la pelota no se mancha».

Asumiendo la inspiración del legado reivindicativo de Maradona, el presente libro nació y se escribió con un doble objetivo. El primero es subrayar que el fútbol no sólo está presente en la evolución humana, sino que tiene reservado un significativo papel en las relaciones de poder que configuraron los acontecimientos políticos, culturales y violentos de la historia. El influjo, por descontado, no es de sentido único: si escribir sobre los hechos pasados, presentes y futuros demanda reservar unas líneas para el deporte, éste no puede ser abarcado disociándolo de su contexto histórico.

Desde un tiempo a esta parte, si a un jugador le da por levantar la voz es capaz de sacudir el tablero político con un eco que más quisieran para sí muchos líderes y partidos. Así sucedió, por ejemplo, durante la Eurocopa de 2024, que coincidió con la celebración de las elecciones legislativas en Francia. Ante el avance del partido de Le Pen, *Reagrupamiento Nacional*, la expedición gala se dividió entre los partidarios de implicarse activamente y los que consideraron que su única función es la de jugar al fútbol (lo que de por sí también es un posicionamiento político). Ousman Dembélé disparó primero («Hay que salir a votar, han saltado las alarmas»), pero el que sin duda concitó toda la resonancia mediá-





tica fue Kylian Mbappé («Estoy contra los extremos, llamo a los jóvenes a votar»). Otro peso pesado del vestuario, Griezmann, encabezó la visión de los prudentes («La política es muy seria y es bastante privada. Estoy aquí como futbolista y no debo utilizar mi fama. Hay que votar, eso sí»).

El debate sobre si los protagonistas del balón poseen el mismo derecho a manifestarse sobre política que cualquier otro ciudadano se mantuvo mientras rodaba el balón en Alemania, sede de la competición, hasta el punto de que la formación de extrema derecha también llegó a pronunciarse: «Cuando se tiene el honor de vestir la camiseta del equipo de Francia, hay que tener un poco más de contención». Finalmente, y contra todas las encuestas, el partido de Le Pen quedó tercero en la segunda vuelta de las elecciones⁴.

Así que el efecto bumerán entre poder y fútbol no sólo existe, sino que golpea fuerte cuando a unos jóvenes a los que no se les presupone interés ni conocimiento político les da por levantar la mano. Mbappé, en todo caso, no fue el primero (le precedieron jugadores como Valdano, Cruyff, Breitner, Sócrates...) ni será el último en desajustar los cánones establecidos.

El segundo objetivo del libro no reviste menor gravedad que el anterior. Si el fútbol debiera ser pasaporte del viaje eterno a la niñez, sirvan estas líneas como llamada de atención ante las consecuencias que las peores artes del poder están causando a la pelota. La corrupción la está adulterando; la manipulación, desvirtuando su influencia; y la espuria utilización, sisándole su naturaleza. A lomos de la industrialización del juego, nos hallamos en el precipicio de la metástasis, cuya expansión total conllevaría a la desaparición definitiva de la esencia deportiva: la limpieza, la ética y la sana competición.

⁴ *Reagrupamiento Nacional* (143 escaños), a pesar de liderar la primera vuelta, fue superado por la extrema izquierda, representada por el *Frente Popular* (182 diputados) y por el partido centrista de Macron, *Ensemble* (168 asientos).





Compartiendo el análisis de Orfeo Suárez acerca de que no existe lugar semejante a un estadio para alinear la conducta de los hombres y mostrar lo mejor y lo peor de nosotros mismos, en sus manos tiene diez casos que evidencian la relación entre el poder y el fútbol. Su transcendencia, como verá, no finaliza en el detalle de los hechos, sino que sobresale por la repercusión histórica, los cambios que produjeron y, si me lo permite, por las reflexiones que todavía hoy nos aportan.

Descubriremos cómo el fanatismo, en todas sus facetas —política, religiosa e identitaria— es capaz de exterminar a un equipo de fútbol, el Celtic de Belfast, cuya historia es también la de Irlanda; viajaremos, de la mano del único equipo africano que ha jugado el Primera División, el Atlético de Tetuán, a uno de los momentos más dramáticos de España, las guerras de África; recuperaremos los principales hitos que han conducido al fútbol femenino a ser hoy una potencia *in crescendo* e imparable; desmentiremos, provistos de la verdad de los datos, el mito de que el Real Madrid comenzó a despuntar durante el régimen franquista; avanzaremos por el que fue el lugar más peligroso del mundo, Berlín, en un momento que definió el sino de nuestro tiempo con el balón como símbolo interesado de la sinrazón; nos detendremos en el epicentro de la infamia, Argentina '78, el Mundial con las cloacas más salpicadas de tortura y muerte; miraremos a Nápoles con los ojos de un Maradona redentor de un pueblo y víctima de sus excesos; esquivaremos las minas y los clichés para desentrañar todas las claves de un país que ya no existe, Yugoslavia, y así comprenderemos cómo un futbolista es capaz de jugarse su carrera poco antes de que todo salte por los aires; recordaremos la barbarie etarra a partir de tres momentos en los que roció su veneno sobre el fútbol; y, por último, podremos la lupa sobre el cruce de entresijos políticos, comerciales y de intereses diplomáticos que suponen la verdadera balanza en la decisión de escoger las sedes de los Mundiales repasando el caso de España para 2030.





La historia es a menudo una correlación de paradojas, contradicciones, causas improbables y consecuencias imprevistas que hay que entrelazar para encontrar su sentido. Según Andrés Trapiello, la función de los historiadores es descubrir y ensartar los indicios en un hilo. Sin ánimo de optar a esa categoría, el libro sí pretende explorar los porqués, seguir el rastro que dejan los hechos y los protagonistas para esbozar un relato completo sobre sucesos políticos, sociales, culturales y deportivos que indefectiblemente se entrelazan.

Si ha llegado hasta aquí desde el gusto deportivo, está en el lugar idóneo para descubrir y justificar la excepcional dimensión de su pasión redonda; si lo ha hecho guiado por la curiosidad histórica, abra los ojos y escoja un espacio cómodo, porque es el momento de las sorpresas.